

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 9, 26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

Salmo (21, 26b-27.28 y 30.31-32): *«El Señor es mi alabanza en la gran asamblea»*

2ª lectura (1ª Juan, 3, 18-24): *No amemos de palabra, sino de verdad.*

Evangelio (Juan 15, 1-8): *Yo soy la verdadera vid.*

El evangelio de este domingo no es ninguna escena narrativa sino un discurso de Jesús acerca de su identidad y el modo en cómo debe ser la relación con Él para todos aquellos que le quieran seguir. En el evangelio de Juan encontramos esta frase «*Yo soy...*» en repetidas ocasiones, en este caso Jesús se compara con la vid verdadera. Su Padre Dios es el labrador que generosamente riega y cuida la viña. Nosotros, los sarmientos unidos a la Vida, que es Jesús.

En este lenguaje alegórico conviene identificar pronto los ejes principales del discurso. Podrían ser estos: permanecer fuertemente unidos a Jesús tendrá como una de sus consecuencias dar fruto abundante; por el contrario no estar unidos a Jesús nos incapacitará para dar buen fruto y, por último, y de nuevo en positivo, ese buen fruto que daremos si estamos unidos a Jesús servirá para dar gloria a Dios Padre, el generoso labrador. Así que, si vamos al origen de todo, la clave radica en la unión firme, duradera y estable con Jesús.

Dejemos ahora el lenguaje teológico de Juan y preguntémonos cómo es hoy mi unión con Jesús, **¿en qué radica? ¿Cómo se articula mi relación con Jesús, en clave de rutina, de amistad, de pasión, de rechazo?** No es ninguna obligación creer en Jesús ni ser amigo suyo ni intimar en la relación con Él. Es más bien una amistad que se nos ofrece, pero es una amistad que conviene tomar en serio. Porque efectivamente, quien da el paso de “*profundizar*” en la amistad con Jesús, esto le puede cambiar la vida. Ninguno deberíamos pensar que esta invitación no es para nosotros.

Solamente descubriendo a Jesús como el verdadero amigo que no falla (que es también nuestro Salvador, el Hijo de Dios y Dios mismo) uno se podrá plantear no perder esta amistad que no tiene precio. Intimando en la relación con Jesús uno descubrirá cómo es Él, cómo vivió, cómo actuó, y uno tendrá ganas de imitarlo, de ser como Él, de dar en definitiva buen fruto. Pero hay que empezar por el principio. Hay que querer ser amigo de Jesús, hay que dar los pasos para que esta relación sea única. Y esto no lo puede hacer nadie por nosotros.

Podríamos decir que el resultado de esta unión con Jesús es ese «*fruto abundante*» que detalla el evangelio. Nunca nuestras buenas obras debieran servir para nuestro engrandecimiento personal, o para creer que somos las mejores personas. Y quizá esta sea una tentación que nos es muy familiar, porque cuando hacemos una obra buena quizá estemos esperando un aplauso y sin embargo no sería lo correcto. Lo correcto, imitando a Jesús, sería ofrecer todas nuestras buenas obras al buen Labrador que es Dios.

Tras la profunda experiencia, que le cambió la vida, de su encuentro con el Resucitado. Pablo regresa a Jerusalén para entablar contacto con los discípulos, pero estos lo rechazan porque “*le tenían miedo*”. No era fácil creer que el perseguidor de ayer fuera el discípulo de hoy. Bernabé les explica todo lo sucedido. También les habla de la valiente predicación de Pablo en Damasco. Quizás muchos de aquella comunidad de Jerusalén que decía estar unida a Jesús, pero que por temor a las discusiones o a las persecuciones preferían esconder sus convicciones lo aceptan con un poco de reticencia.

Pablo va mostrando que lo suyo no es casual ni pasajero. Va y viene, predica abiertamente, habla y discute con los que se oponen. Su actividad llama tanto la atención que a fin de cuentas despierta también persecución en su contra, hasta el punto que tienen que ayudarlo a escapar a Cesarea, para desde allí embarcarlo a Tarso.

No es fácil creer en conversiones repentinas. Y no puedo menos que pensar que ahora ocurre lo mismo. Ninguno podemos quejarnos si los demás no nos creen cuando decimos que hemos cambiado de la noche a la mañana. Tal vez puedan aceptar que hayamos hecho un buen propósito de cambio, pero es necesario demostrar, un día sí y otro también, que permanecemos en lo dicho. Y, **¿cómo lo podemos demostrar?**

Jesús es la vid, el Padre es el viñador y nosotros los sarmientos alimentados por esa savia de vida que es el Espíritu Santo. Si no nos consolidamos y progresamos en fidelidad, si no dejamos que el Espíritu nos anime; si no abrimos la puerta para que nos haga portadores de vida, si no le dejamos que nos sacuda y zarandee para que seamos fértiles, capaces de producir frutos abundantes, no creceremos como comunidad cristiana y por muchas reuniones y activismos, por muchos planes, proyectos y programas que pongamos en marcha, solo seremos comunidades y personas un tanto estériles.